

tu ánima, su verdad tu entendimiento, su bondad tu voluntad, y allí hallarás hartura, cómele, dale posada en tus entrañas; que por eso está acá peregrino en la tierra, para que le des posada, y morará en ti, esforzárte, inflamárte en caridad, defenderte ha de tus enemigos, y darte ha aquí gracia, y después su gloria.

TRATADO 4.º

LA COMUNIÓN Y LA VIDA DIVINA (1).

*Qui manducat meam Carnem
et bibit meum Sanguinem habet
vitam aeternam.*

Quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna.

(Jo., 6, 55.)

1.—*Preciosa promesa de vida divina.*

¡Vida eterna! ¡Oh preciosa promesa! Fuéralo si prometiera el Señor solamente vida, aunque corruptible, aunque enferma; ¿qué hará prometer vida eterna a quien comiere su Carne y bebiere su Sangre?

No es menester encarecer en cuánta estima tienen todas las vidas, pues dan de ello testimonio todas las cosas que viven, así espirituales como corporales; las cuales, como desean su ser y conservación en él, así desean su propia vida; porque a las cosas que viven, el mismo vivir es el mismo ser.

Si no, preguntadlo a un hombre enfermo que se quiere (2) morir, qué dará por dos años de vida. En Job (2, 4) está escrito: *Pellem pro pelle dabit homo*, etc. Y el Señor dice: *Quam commutationem dabit homo pro anima sua?* (Mt., 16, 26.) ¿Qué aprovecha al rico que tenga muchos tesoros, señoríos y reinos, si se muere y lo deja todo acá? Trocaríalo todo de buena gana por una poca de vida, aunque fuese con trabajos, y pidiendo por amor de Dios de puerta en puerta. Sin vida, ninguna cosa se goza, y con ella de todas; y cuando todas fallecen, el mismo vivir da

(1) Circula por este Tratado un soplo de vida divina que lo hace en extremo agradable.

(2) *Se quiere morir*; está para morirse.

contentamiento, aunque tenga anexos muchos trabajos.

Ea, pues, los que deseáis vivir, andad acá al manjar de la vida, que es la Carne y Sangre de Jesucristo, y hallaréis en Él vida sana, alegre, rica y fuerte, y no por tantos y tantos años, sino para todos los que Dios fuere Dios. ¿Quién hay que no despierte del sueño de su olvido? ¿Quién hay que no mire con otros ojos este divinísimo Sacramento, oyendo decir, y por su boca, de que quien lo come tiene vida, y vida eterna, que convida con ella el mismo Señor?

Pues qué, ¡si supiésedes en particular cuán excelente y bienaventurada vida es aquésta! Tanto, que esta vida que tenemos—que excede en valor a todas las cosas de acá temporales, según hemos dicho, y que el hombre la ama más que a todas ellas—, es cosa tan baja en comparación de esta vida que el Señor promete a quien bien lo recibiere, que ni tiene que ver con ella, ni merece nombre de vida; antes, como San Gregorio dice: «La presente vida es una muerte prolija», con la cual el hombre está muriendo tantos años. Esta es vida verdadera; y para decirnos en una palabra la nobleza y valor de esta vida, es vida *sobre toda naturaleza*; pues vale más un hombre con esta vida, por bajo y pobre que sea, que todos los ángeles y arcángeles, hasta querubines y serafines, si de ella carecen. Paraos a pensar la excelencia de los espíritus angélicos, su sabiduría, fortaleza, hermosura y bondad que pueden alcanzar por su naturaleza; todo esto junto no vale tanto como aquesta vida, que da el altísimo Dios a una vejecita, y a un pastorico, o a otro hombre, por bajo que sea, cuando habiéndose confesado, dignamente se llega al santo altar y recibe de mano del sacerdote el divinísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

La cual vida, si el hombre no la echa de sí, no haya miedo que ella se acabe, como la del cuerpo, que por muchos puntales que pongáis, y por mucho que la queráis guardar de todos sus contrarios, no la podréis tener sin que se acabe.

¡Oh váleme Dios, y qué joya tan rica! ¿De dónde a los hombres tan grande bien?

No es como quiera el negocio; no es cosa que nace de criaturas, aunque ellas la tengan y gocen; mas la fuente de ella, sólo Dios es: *Apud te est fons vitæ*

(Ps., 35, 10). Porque como ninguna cosa puede tener ser sino participando, en su modo, del ser infinito, que es Dios, ninguna buena, ninguna sabia, ni fuerte, si no participa de estas perfecciones que hay en Dios; así ningún árbol, ni animal, ni hombre, ni ángel puede tener vida, si de esta infinita fuente, que es Dios, no la saca. Tuya es, Señor, la vida de todos los vivos, y tú la puedes dar y tornar a quien no la tiene; que para Ti no hay nadie muerto. Y por esto se dice con mucha razón: *¡Adoremus al Rey, al cual viven todas las cosas!* (3).

Mas entre todas estas vidas, que de la única Vida, que es Dios, manan, es esta de que hablamos, que en aquel divino Sacramento se da. Y porque no pensemos que es vida obscura y triste, añade diciendo: *Y en tu lumbre veremos lumbre* (Ps., 35, 10). Vida rica, vida alegre; y que quien la tiene no vive en las tinieblas, mas en lumbre semejable a la lumbre en que vive el Señor.

¿Quién hablara estas cosas? ¿Quién tendrá peso para las saber estimar: que *quien bien come la Carne y bebe la Sangre del Señor, tiene vida* semejable a la vida que vive Dios? ¿Qué es esto, Señor? ¡Hacéis a los hombres deiformes, y acabáis, con darles gracia en este mundo de engrandecer en ellos la imagen natural que a tu semejanza criaste, para que así como, Señor, tu vida es, tus placeres, tu negocio, tu ocio, conocerte, amarte, gozarte, poseerte para siempre jamás, des a los hombres vida, dándoles tu gracia, con que te conozcan y amen y gocen acá en su modo, y en el cielo en el [tuyo] (4), ¡que, según se ha dicho, valga más un hombrecito que la tiene, que millones de ángeles si carecen de ella! No es vida *corporal* ésta, que haya menester *diente ni vientre* (5); vida es del *ánima*—y es la mejor parte del hombre—, y que se ceba y mantiene de sólo Dios, y hace para siempre bienaventurados los que la viven.

(3) Invitatorio del Oficio de Difuntos.

(4) *Tuyo*; la edición de 1596 dice *suyo* pero es errata evidente.

(5) Alude a las palabras de San Agustín: *Ut quid paras dentem aut ventrem?*

2.—*La vida divina comunicada a los ángeles y al primer hombre.*

Y porque la divina Sabiduría conoce cuán excelente vida es aquesta, la suma Bondad crió ángeles, no con otro intento sino para que participasen de esta vida tan buena y tan delectable. Criólos en *vida de gracia*; y a los que le agradecieron esta merced y usaron bien de ella, perfeccionóles esta vida, dándoles la *vida de gloria*; porque la gracia, principio es de la gloria; y a los que la perdieron arrojólos en el infierno, excluidos de todo bien, ajenos de la vida bienaventurada, alanzados de la lumbre de Dios, y condenados a *tinieblas de fuera* y muerte que no tiene fin.

Y porque la naturaleza de Dios es la misma bondad, y por eso le es propio el comunicarse y hacer mercedes, acostumbra Él de cuando en cuando, por unos que caen por su culpa y pierden la corona que les quería dar, si fueran los que debían, levantar a otros por su misericordia, que reciban los dones y buen lugar que los otros perdieron.

Caen los ángeles malos; pierden por su soberbia la vida de gracia, que Dios de balde les había dado; y cría Dios del polvo de la tierra a nuestro padre Adán; y dándole naturaleza a él y a Eva, dióles juntamente *vida de gracia*, con la cual su ánima viva, conociendo y amando y gozando de Dios por muy excelente manera, aunque no viéndole faz a faz (porque esta vida guárdase para su galardón de quien en este mundo hubiere guardado la santa voluntad de nuestro Señor); y para que la guardasen, les puso mandamiento en que ejercitasen la obra y sujeción que a su Señor y Criador es debida. Dióles también manera cómo, aunque la vida de su cuerpo, de sus propios principios fuese corruptible y que no podía durar para siempre, por ser el cuerpo compuesto de elementos contrarios, no obstante esto, crió un árbol, el cual plantó en medio de aquel Paraíso terrenal, comiendo del cual fuese su vida conservada para siempre jamás; y por eso se llamó *el árbol de la vida* (*Gen.*, 2, 9) De manera, que les dió árboles para comer y mantener la vida del cuerpo; y otro árbol (6).

(6) El árbol de la vida.

para que, *comiendo* de él, nunca muriesen; y otro árbol (7), para que, *no comiendo* de él, obedeciesen a Dios, y comiese su ánima del manjar de la obra que hace al hombre conservar y aumentar la gracia del Señor y merecer la vida eterna.

¡Qué bien lo habéis, Señor, ordenado todo con vuestra sabiduría, diciendo: *Cum eo eram cuncta componens!* (Prov., 8, 30). Lo del cuerpo, lo del ánima; lo presente, lo por venir; lo que habían de hacer, lo que no habían de hacer; todo, Señor, hermoso, como Vos sois hermoso.

Y no sólo fuisteis bueno para con nuestros primeros padres, dándoles vida de gracia, justicia original, señorío sobre todas las criaturas, medios para vivir y para nunca morir; mas no paró vuestra bondad en ellos, como personas particulares, sino quisisteis que fuesen cabezas de todos los hombres, y que mediante ellos, gozásemos todos nosotros de la misma vida y mercedes, participando los miembros de los bienes de la cabeza.

Convite, Señor, les hicisteis, y muy rico y muy deleitable, por cierto, y a todos nosotros.

3.—*La vida perdida por Adán, recobrada por Cristo.*

Mas así como el criado del Profeta Eliseo salió al campo y cogió unas hierbas mortíferas y desabridas (8) y las echo en la olla de que habían de comer los convidados de su señor el Profeta Eliseo, así nos aconteció aquí. Echa el criado de Eliseo las hierbas en la olla, y cuando comenzaron a comer, halláronla tan amarga y ponzoñosa, que dan todos gritos al Profeta, diciendo la angustia que sentían con el gusto de aquellos manjares; y como a quien tenían por varón santo, que podía alcanzar el remedio de Dios, dicen a voces: *¡Varón de Dios, la muerte está en la olla!* (4 Reg., 4, 40.) Esto acaeció allí, y conforme a esto acaeció a nuestra madre Eva (9), que se sale al campo, y cogió, y comió, y dió a comer a su marido del amargo manjar vedado por Dios, y por eso lleno

(7) El árbol de la ciencia del bien y del mal.

(8) Estas hierbas fueron *coloquintidas*, dice el sagrado texto (4 Reg., 4, 39).

(9) Véase el tratado 5.º, al final.

de ponzoña; y como ellos eran *la olla* en que estaba la naturaleza humana, y de ellos la habían de tomar todos los hombres buena y sana, si tal la guardaran, tomáronla mala, enferma, corrupta, despojada de la gracia y justicia original en el ánimo, y de la vida del cuerpo que antes tenía, y condenada a muerte, y sujeta a tantas miserias, que no sólo de parte del cuerpo, más aun del ánimo, se diga el hombre, con verdad, *re lleno de muchas miserias* (Job, 14, 1).

¿Quién dirá cuán amarga cosa es llevar esta vida miserable que ya es atormentada con frío, ya con calor, etcétera? ¿Y quién dirá cuán más amarga cosa es sentir guerra dentro de sí, dividido el hombre en dos partes, queriendo cosas contrarias, y ser fuerte la parte que quiere el mal, y flaca la que quiere el bien? (Rom., 7, 15-24.) Esta condición que el hombre siente, este tirano que mora en nosotros, y da tan mala vida al hombre interior que desea lo bueno, cosa es que todos lo experimentan y a todos amarga.

Sintieron esto los hombres que quisieron vivir vida humana, que es vivir según razón y no según apetito; y dábales mucha pena, y quejábanse de ello; mas como no sabían el remedio de este mal, no podían escapar de él, y así se quedaron en la muerte que de Adán heredaron.

Mas el Señor, cuya misericordia es grande, inspiró a Adán y a otros que le diesen voces a Él, que era el Señor que había hecho el convite, y tenía poder para remediar el mal que había hecho su mal cocinero Adán. Dan voces a Él, llenos de amargura y tocados de la ponzoña: «¡Señor de las virtudes! La muerte sentimos dentro de nosotros, y una inclinación tan viva a pecar, que nos lleva cautivos a lo que ella quiere: ¡remedio, Señor, para tanto mal!» Estas voces dió Adán, dieron los Patriarcas, dieron los Profetas; y, por su gran misericordia, oyólos el Señor.

Moisés dió remedio para que el pueblo de Israel en el desierto pudiese beber con dulcedumbre unas aguas muy amargas, porque no pudiesen de sed y hambre; y Eliseo hizo que pudiesen comer de la olla, en la cual había amargura y muerte; el primero echando *un madero* en las aguas (Ex., 15, 25), y el segundo *un poco de harina* en la olla (4 Reg., 4, 41).

Alabado seas Tú, Señor de la vida y Señor de la muerte; que fuiste servido de hacer Tú solo lo que estos dos siervos tuyos hicieron cada uno por sí, y

remediaste el mundo con el *madero* de la cruz y con la *poca de harina*, que significa la santa Humanidad de tu Hijo bendito; y ordenando que Él tomase nuestra naturaleza—que es echarse *en nuestras aguas* y *en nuestra olla*—, muriendo en la cruz por nuestros pecados, siendo hecho manjar debajo de las especies de pan (10), como en el divinísimo sacramento de la Misa está, nos hiciste libres de los errores, significados por las aguas amargas, y nos hiciste fuertes para obrar la verdad que nos enseñas, confortados con aquel divino manjar que alanza la muerte y trae la vida; de tanta virtud, que con él tenemos fuerza para caminar por los limpios caminos de tus mandamientos, hasta llegar al monte del cielo, como las tuvo Elías (11) para llegar *al monte de Oreb* (3 Reg., 19, 4).

¿Qué te daremos, Señor, por esta merced; que nos has recobrado la vida perdida, nos has resucitado por tu Hijo bendito, al cual llama San Pablo *autor de la vida*? (12). Y el mismo Señor dijo: *Yo vine para que mis ovejas tengan vida, y muy cumplida vida* (Jn., 10, 10). Este es el constituido por Príncipe, y Príncipe de paz y de vida, de todos aquellos que gimen sus pecados con amargura y los confiesan dignamente; y a éstos da vida, por la muerte que Él murió en la cruz, cuya virtud se aplica en los Sacramentos, que tienen virtud para resucitar ánimas muertas, y este divinísimo Sacramento del Altar para conservar y acrecentar la vida ya recibida, y aun para darla de nuevo, según adelante diremos (13).

Este Señor es *Cordero, y quita los pecados del mundo* (Jn., 1, 29); cuya muerte tuvo virtud para esto, aun antes que Él la padeciese en la cruz; por lo cual se dice *muerto desde el principio del mundo* (Apoc., 13, 8).

(10) *De pan*; la edic. 1596 dice *de la harina*.

(11) Réntalo el Beato en el Tratado 3.º

(12) San Pedro le llama así (*Act.*, 3, 15). San Pablo le llama *autor de la salvación* (*Hebr.*, 2, 10) y *autor de la fe* (*Hebr.*, 12, 2.)

(13) Dícelo en el Tratado 9.º

4.—*Cristo, árbol de la vida, alimenta a los Santos del cielo y a los justos de la tierra.*

Este es el *árbol de la vida*, puesto en medio de la Iglesia para que quien comiere de él viva para siempre.

San Juan en su Apocalipsis (22, 2) vió la ciudad grande, por la plaza de la cual corría *un río de agua, resplandeciente como el cristal, el cual salía de la silla de Dios y del Cordero; y en cada una de las riberas de este río había un árbol de vida; que daba doce frutos en los doce meses del año, y sus hojas daban sanidad a la gente.*

Este río tan hermoso es la gracia del Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo como de un principio; éste riega la gran ciudad, que es la Iglesia, así a la que está en el cielo como a la que está en la tierra; porque aunque la una goza y la otra trabaja, no son dos ciudades; *una es la escogida de Dios, una su Esposa (Cant., 6, 8)*; porque la de allá y la de acá, a un Dios adora, en un Dios se arrima, a un Dios ama y sirve según su manera. A esta ciudad riega el Espíritu Santo; allá dando gloria, acá dando gracia.

En las dos riberas de aqueste río está *el árbol de vida*, que es Jesucristo nuestro Señor. Cómo está de parte de la una ribera, que es allá en el cielo, los dichosos que allá están, y que [le] (14) ven faz a faz, lo sabrán decir; que en estotra ribera, acá en la Iglesia, veslo allí como está; al cual, aunque no vemos en su resplandor y hermosura inefable, como allá, mas suspiramos por ello, y esperamos de su grande bondad que traerá aquestos ojos que derramaron lágrimas por deseo de verle, o a lo menos, porque hicimos cosas por las cuales merecíamos no verle, le han de ver con mayor alegría que acá tuvieron amargura; y que decimos con Job (19, 26): *En mi carne veré a mi Salvador*. Entretanto miramos allí con los ojos de la fe; y «el galardón de quien cree lo que no ve (como dice San Agustín), es que algún día vea lo que creía». Y pues los que ahora le ven allá pasaron por aquí, y, por creerle y amarle, gozan ahora de su

(14) [Le]; la edición de 1596 trae *la*, pero parece error, pues debe referirse a Jesucristo o al árbol de la vida.

bienaventurada fiesta, debemos nosotros contentarnos con creer lo que creyeron, y obrar como obraron, y esperar lo que esperaron, y procurar de hacer lo que hicieron.

Allí está, cristianos, allí está *el árbol de vida* en el Santísimo Sacramento del Altar; regado con el agua del Espíritu Santo, porque su cuerpo no fué engendrado de hombre, mas de la Virgen Madre y formado por el Espíritu Santo; y su ánima tan regada de Él, que dice San Juan Evangelista (*Jn.*, 3, 34) *que le dió el Padre el Espíritu Santo, y no a medida*. Este árbol da *doce frutos*, por los doce meses del año; que ahora sean los doce *frutos* que cuenta San Pablo (*Gal.*, 5, 22), ahora sean otros muchos más, en fin, esto es cierto, que recibiendo bien a este Señor, recibe el ánima frutos de vida, no para tres años o cuatro, sino para siempre jamás; y que no se acaba el fruto recibido en un mes, mas luego otro y otro, y, como Isaías dice (66, 23): *Habrá mes de mes, y sábado de sábado*, que quiere decir que nunca se acabará.

¡Qué hermosos frutos que son las gracias, mercedes y gloria que da! ¡[Qué] frescas y saludables hojas, que son las palabras que nos predicó, tan poderosas para dar salud, cuanto lo probará quien de ellas se quisiere aprovechar!

¿Estás enfermo de ira o de soberbia? Reposa debajo de una sombra de este árbol, que dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón* (*Mt.*, 11, 29). Mira la frescura de aquesta sombra. ¿Puede haber cosa más hermosa que Dios humillado, y tan manso, *que maldiciéndole a Él, Él no maldice; siendo atormentado, no dice amenazas* (1 *Pet.*, 2, 23); y siendo crucificado, ruega por quien lo persigue?

Si tenéis frío de ciciones (15) por falta de caridad con vuestros prójimos, comed de este árbol divino, y seréis sanos; la cual [fruta] es: *Amaos como yo os amé* (*Jn.*, 15, 12).

Y de esta manera, si conociéredes vuestras enfermedades, y entre las hojas de sus palabras buscáredes las recetas convenientes, si las quisieredes poner en obra con su gracia, cierto, experimentaréis *que las hojas de este árbol de vida dan salud a las gentes*.

Mas una cosa queda por declarar, y digna de ser muy notada en aquesta revelación de San Juan; el

(15) *Ciciones*: terciana.

cual diciendo, que el río tiene *dos riberas*, y por consiguiente había de decir que había *árboles*, aunque no fuese más de unos de una parte y otros de otra; no dice sino que *hay árboles en entrambas riberas*. Lo cual, aunque, según algunos dicen, se puede entender según la divinidad del Hijo de Dios, la cual, siendo una, está en todas partes, parece que esto es cosa muy clara; y para que tenga el negocio algún misterio, según es razón, y porque parece más conforme a la letra, esto se debe entender de su santa Humanidad. Y aquí está el misterio: que aunque está en el cielo, que es la una ribera, también está acá, que es la otra. Mas aunque está plantado en dos partes, no son dos Cristos: el mismo que está allá, ése mismo acá; árbol de vida allá, árbol de vida acá. Y en esto parece la grande misericordia y sabiduría divina, que ordenó modo cómo siendo Él uno, gozásemos de Él los del cielo y los del suelo.

Ya cesó aquel entredicho que estaba puesto por Dios, de que ni Adán ni otro no pudiese llegar a comer del árbol de la vida, que estaba en mitad del Paraíso; y para este efecto *puso Dios un querubín a la puerta con una espada muy ligera y de fuego* (*Gen.*, 3, 24), para que, siendo el portero tan sabio (que quiere decir querubín *cumplimiento de ciencia*), ninguno le pudiese engañar; y teniendo *espada* (que allí significaba *justicia*), no se pudiese por pleito vencer; y siendo la *espada de fuego*, y tal fuego que ninguna cosa lo podía apagar, quedase el hombre tan excluido de comer del árbol de la vida, que ni se pusiese en ello, ni aunque se pusiese, lo pudiese alcanzar.

¡Oh riquezas, oh alteza, oh profundidad de sabiduría de Dios!, que movida por tu misericordia hallaste manera para cumplir con tu justicia, que era la que tenía cerrado el camino para comer del *árbol de la vida*, no sólo la del cuerpo, mas también la del ánimo; y descargando tu espada (la cual sacaron y vencieron nuestros pecados) en el inocente Cordero que nunca pecó, y cayendo su Sangre sobre el fuego de tu encendida ira, que contra nosotros tenías, fué justicia, que pues el Hijo inocente había satisfecho por los malos esclavos, tu justicia no les castigase, mas cuanto es de tu parte, los perdonaseis y recibisteis por hijos, y fuesen juntamente herederos con tu bendito Hijo que los libertó; cuyo servicio te fué tan agradable, que Tú que de antes tenías ce-

rrado el camino del árbol de la vida, y dijiste: Póngase esa guarda, porque *por ventura no coma Adán y viva para siempre*, mandas ahora pregonar: *Si no comiéredes la Carne y bebiéredes la Sangre* de aqueste árbol de vida, *no tendréis vida en vosotros* (Jn., 6, 54). Allí, de comer de un árbol murieron; aquí, dicen las palabras de nuestro tema: *Quien comiere mi Carne y bebiere mi Sangre, tiene vida eterna* (Jn., 6, 55).

¡Cuán diverso mandamiento aquéste, del otro!, y aunque entrambos buenos, éste mejor. Manda allí Dios: «No comáis de este árbol; y si coméis moriréis, y si no coméis viviréis!» Manda aquí Dios: «Comed de aqueste árbol, y viviréis; y si no coméis, moriréis.» Allá mandaba ayuno, aquí hartura; aquello suele ser muy penoso, esto muy deleitable; y en gran manera excede el provecho que se sigue de comer de este árbol, que es Jesucristo, al que había de no comer del otro árbol vedado.

Gracias, Señor, a tu infinita bondad, que si el primer Adán nos convidó a comer de *su olla*, en la cual había *muerte*, dándonos a comer carne muerta y que mata nuestra ánima, nos convida el segundo Adán al convite de su sacratísima Carne deificada, Carne que da vida, Carne más poderosa para remediarnos que la otra para dañarnos.

5.—*Esplendidez del convite eucarístico.*

Extendido has, Señor, tu brazo, y convertídonos nuestro llanto en gozo (Ps., 29, 12). Y si el demonio y Adán nos convidaron a pecado y a muerte, Tú, Señor Omnipotente, que sacas de los males bienes, y cuya bondad parece más ilustre destruyendo el mayor mal, prometiste en Isaías muchos años antes, y como lo prometiste, así lo cumpliste delante los ojos del mundo y delante de los mismos nosotros. La promesa dice así: «*El Señor de las batallas hará en este monte convite de cosas gruesas a todos los pueblos, convite de vendimia, convite de cosas gruesas y que tengan medulas, y de vendimia apurada* (16); *y despenará en este monte, etc., y será trillado debajo de él Moab, como son trilladas las pajas debajo del trillo*» (Is., 25, 6-10).

(16) *Apurada*: purificada.

Alabado seas, Señor Dios Todopoderoso de las batallas, que puedes hacer todo lo que quieres. Alabado seas, Señor misericordioso, que has compasión de los que están cautivos debajo de la tiranía del pecado y de la muerte. Alabado seas, Dios verdadero, que lo que tu misericordia prometió, tu verdad lo ha cumplido; pues en el monte de Sión *una noche antes que tu Hijo bendito padeciese por nosotros*, hiciste un convite de tu Hijo bendito, no sólo para que comiesen los doce Apóstoles que estaban allí, a quien se dió consagrado, mas convite universal para todos los pueblos que hay en el mundo. Y es tan bastante manjar aqueste para cumplir con tantos convidados, que si millones de mundos hubiese y todos comiesen de él, ninguna mella ni falta le hallarian. Porque así como, siendo muerto, no fué acabado, sino salió vivo del vientre de la ballena, así siendo comido no es consumido, mas quédase vivo y entero, sin disminución.

Convite de gruesas cosas que tienen medulas, convite de un vino muy apurado. *Quis sapiens, et custodiet haec, intelliget misericordias Domini?* (Ps., 106. 43.) ¿Qué haces, Señor, qué haces? Parece que tienes cuenta solamente con la tu Omnipotencia y con tu bondad, y no con la nuestra flaqueza. Tú, Señor, inmenso eres, que ninguna obra, por grande que sea, es desproporcionada a Ti, antes el ser grande es señal de que es tuya; porque al grande, cosas grandes le conviene hacer. Mas mira, Señor, que nuestro seno es angosto, y aunque al tuyo convenga dar mucho, es de temer que por ventura no cabrá en nosotros.

Oigan los hombres, oigan los ángeles, oigan los cielos, oiga la tierra y lo que debajo de ella está, y todos digan: *¡Señor, no hay cosa semejable a Ti!* (Jer., 10, 6), y especialmente en aqueste convite que a todo el mundo has hecho; en el cual el manjar que recibimos es el santísimo Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, que por las palabras de la consagración allí viene. Recibimos su purísima Sangre; los sacerdotes, consagrada con las santas palabras; los legos, acompañada con el santo Cuerpo que reciben; y así no reciben más unos que otros, y todos reciben el Cuerpo y Sangre de Jesucristo; y con su Cuerpo y Sangre está su benditísima Anima, y con el Anima está la divinidad del Verbo de Dios; y donde está el Ver-

bo, está el Padre y el Espíritu Santo; y todo esto recibe el que recibe el Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor.

¡Oh, bendito sea Dios! que con tal manjar nos mantiene, figurado en las *tres medidas de flor de harina* (*Gen.*, 18, 6) de que Sara hace pan que coman los ángeles. Un Cuerpo comemos el mejor de los cuerpos; y una Anima la mejor de las ánimas, en naturaleza, y mejor que todos los ángeles y celestiales espíritus que hay en el cielo en riqueza de gracia, y de gloria y de dignidad personal: porque ella es Señor de ellos, y ellos sirven a ella. Con el Anima y Cuerpo recibimos la altísima Divinidad, que no tiene comparación con cosa ninguna; porque es un Bien sumo, que en infinito excede a todos los bienes.

Esto prometiste, Señor, hacer: esto, Señor, has cumplido; y de tal convite como éste, ningún provecho que de él se siga no debe ser increíble. Todo es poco, Señor, el provecho que nos puede venir, en comparación de la grandeza de tan excelente manjar: es poderosísimo, y por eso suficiente para desatar y deshacer las ataduras malas con que están atados todos los pueblos; y por ser *manjar de vida*, y vida omnipotente, y vida eterna, *despeñará* a su contraria *la muerte para siempre* (*Is.*, 25, 8). Y porque es convite de grande alegría, *quitará el Señor lágrimas de toda faz* (*l. c.*), y la deshonra de su pueblo que por Adán había entrado; porque así lo ha hablado el Señor. Y los tales convidados con alegría confesarán lo que creen, diciendo: *He allí nuestro Dios; esperámosle y hanos hecho salvos; éste es nuestro Señor; confiamos en Él, y regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en su salud; porque tales cosas hará el Señor, que su mano descansará en este monte* (*l. c.*, 9, 10). Y cuanto Él fuere más ensalzado, y más convidados hubiere, y más aprovechados con esta comida, tanto más *Moab*, que es el demonio y pecados, *serán trillados*, y quedarán tan sin fuerzas *como las pajas debajo del trillo*.

Esto ha dicho el Señor que había de suceder del convite que había de hacer a todo el mundo en el monte Sión. Y aunque allí se hizo la primera vez, con la misma verdad se ha hecho y se hace en toda la Iglesia, consagrando los sacerdotes el Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor en manjar de convite, para que todos los que quisieren comer de él lo puedan hacer. Aquí está la mesa, que es el altar; aquí la

misma persona de Jesucristo en manjar; no falta sino el conocimiento de tan grande merced, y el aparejar el ánimo para gozar de estos frutos de libertad de pecado, de consuelo de conciencia, de este destierro de muerte, de unión con Dios, y de otros muchos frutos. Y si el solo oírlos y olerlos da gran consuelo, ¿qué regocijo será el del sabor?

Echemos, pues, de nuestra conciencia los malos humores, que son los que nos impiden el deseo y buena hambre de este santo manjar, vomitándolos con confesión pura, y dando casa limpia a Huésped tan limpio.

No seamos tan perezosos que el llegar el manjar a la boca nos parezca trabajo. Mas ahora sea por lo que nos cumple, pues no podemos vivir sin este manjar; ahora sea por dar contentamiento al Señor que lo manda, y porque tal convite no salga en balde, *echando de nos*, como dice San Pablo (*Hebr.*, 12, 1), *el pecado que tenemos junto con nosotros, corramos con limpieza de vida, con profunda humildad, con propósito de enmienda, con hacimiento de gracias, a recibir este Señor, el cual es vida, y nos dará su gracia y gloria.*

TRATADO 5.º

CAÍDA DE ADÁN Y EVA (1).

(Incompleto.)

*Qui manducat meam Carnem
et bibit meum Sanguinem, vi-
vet in aeternum.*

Quien come mi Carne y be-
be mi Sangre, vivirá para
siempre.

(Joann, 6.)

1.—Introducción.

Es tan sublimada la naturaleza de Dios, es tan flaca nuestra vista para lo conocer en Sí mismo, que hasta que estemos en su reino, donde faz a faz es visto, debemos contentarnos y satisfacer a nuestro deseo con lo conocer, rastreándolo por sus efectos, como lo dice San Pablo (Rom., 1): *Invisibilia Dei*, etc. Y su discípulo San Dionisio lo dice más largo.

Y no sólo esto es verdad en lo que toca al conocimiento de su Divinidad, mas aun en el de su santa Humanidad, cuya excelencia ni hombres ni ángeles pueden comprender, porque es elevada sobre todos ellos, y tiene *nombre sobre todo nombre, y toda rodilla se le debe inclinar* (Philip., 2) haciéndole reverencia, no sólo según el cuerpo, mas aun según el entendimiento, abajándose y confesando que es más alto que ningún entendimiento puede acabar de comprender; y esto queda reservado para sola la Divinidad.

Ya que presente, Señor, os tenemos hoy, vuestra festividad nos compele a hablar de Vos. Pues si no

(1) Tal como ha llegado a nosotros no es éste un Tratado eucarístico, sino una introducción.

os conocemos hablaremos lo que no sabemos; y la tal habla, ni es conforme a razón, ni a Vos os agrada. Mas dadnos osadía, que aunque no os alcancemos a comprender en vuestra alteza, son tantos vuestros efectos que en nosotros obráis, ya quitando males, ya haciendo bienes, *levantando al pobre del polvo, y del estiercol al menesteroso, para sentarlo con los Principes de vuestro pueblo* (Ps., 112), que lo que nuestro corto entendimiento no alcanza mirándoos a Vos, a lo menos rastreará algo por las mercedes y efectos que de Vos recibimos. Con esto, hermanos, nos contentemos, hasta que este Señor, que aquí se nos ofrece encubierto, se nos represente en su claridad; y hacerlo ha, si de aquesto que acá podemos, bien nos aprovechamos.

Grandes y muy grandes, grandísimas y muy grandísimas son las mercedes y socorros que este Señor, recibido de nosotros, nos hace; y debemos pedir lumbré particular del cielo para conocerle; que lo que nos pudiera aprovechar, respondiendo a ello con agradecimiento, no nos sea ello ocasión de daño, si en lugar de agradecimiento, nos da olvido e ingratitud.

Y porque los bienes que la santa comunión nos hace, y remedios que de nuestros males nos da, presuponen otros bienes y otros males, que otro tiempo teníamos, convendrá comenzar a hablar de aquéllos, para saber conocer estotros.

2.—No comerás de este árbol.

Por lo cual os debéis acordar que cuando el Señor en el principio del mundo crió a nuestros dos primeros padres Adán y Eva, poniéndolos en un huerto (Gen., 3)—que eso quiere decir Paraíso en otra lengua—, proveyóles de manjar que comiesen y de ejercicio que obrasen. Porque el buen padre ha de mantener a sus hijos, y en ninguna manera consentir que vivan ociosos ni mal ocupados; porque ningún tiempo ni obra se puede llamar ociosa con mayor razón, que aquellos en que el hombre se emplea en mal trabajar, pues es peor lo dañoso que lo ocioso. Proveyóles, pues, Dios de ejercicio de cortesanos, más para su recreación y evitar la ociosidad, que para darles trabajo; porque no habiendo pecado, no hubiera trabajo. Y proveyóles de comida, dándoles licencia que comiesen de los árboles de aquel huerto, salvo de uno.

Mas ¿por qué, Señor, les vedáis comer de aquel árbol? ¿Tiene aquel fruto alguna cosa más con que mate o haga enfermedad a quien lo comiere? No, por cierto; pues no criasteis Vos muerte ni enfermedad, ni hubiera cosa que las causara. No, Señor, ni fué por esto, ni fué por falta de liberalidad; que no sois Vos como los que dan las mercedes tasadas, y que aun no han comenzado a dar, y ya les parece que han dado mucho. Muy dadivoso sois Vos, y quien bien os conoce hallará que lo que quitáis o no dáis, es para en recompensa de aquello dar otra cosa mayor y mejor. *De todo árbol de este huerto, dice el Señor, comerás, y de éste no comerás.* No para que mueras de hambre, sino para que los otros árboles, comiendo de ellos, mantengan tu cuerpo, y con no comer de este árbol, sea mantenida tu ánima, y estando tu ánima mantenida y viva en Mí, goces de Mí para siempre.

—Por cierto, si el quitarnos algo ha de ser para darnos a Vos, suplicámoos con todo nuestro corazón nos lo quitéis todo, para que, más desembarazados los senos de nuestra ánima, sean más llenos de Vos.

—No os puede servir si no os obedece; no hay obediencia si no hay mandamiento para que el hombre haga algo o se refrene de algo; y por eso mandó Dios que se refrenasen de comer de aquel árbol, como en reconocimiento, como sujeción que debían a Dios; la cual no pareciera tan clara si los mandara comer de todos.

Este fué el intento del mandamiento del Señor, y éste era su galardón si fuera guardado, y puso pena de muerte si lo quebrantasen. *En cualquier hora que comiereis de él, muerte moriréis;* que quiere decir, según la frase hebrea, *verdaderamente moriréis.*

3.—La tentación de Eva.

Mas ¡oh humana flaqueza, que tan poco persevera en el bien, y con tan pequeña ocasión se derriba, y elige caer antes en la ira del Señor que perseverar en su gracia! Vase la mujer a pasear por el huerto. ¡Cosa peligrosa por cierto! ¡que muy bien está la mujer al lado y sombra de su marido, como las ovejas debajo de la sombra de su pastor! Vase la oveja sola, y en esto halla el diablo ocasión para la acometer, y acométela por engaño, entendiendo que fácilmente la engañará

por saber poco, y no estar su marido presente para responder por ella, o decirle lo que había de responder (*Gen.*, 3): *¿Por que os mandó el Señor—preguntó el demonio—que no comiédes de este árbol?* Respondió Eva: *De todos los árboles nos mandó comer, y de este nos mandó que no comiésemos ni le tocásemos.* ¡Oh madre nuestra! Cuán claro parece que os (2) habéis cargado con el mandamiento de Dios, pues, como persona desabrida de ello, añadís a lo que El mandó. *Que no comiédes* dijo, no que *no le tocádes*. Según la carne, vuestros hijos somos; y pluguiera a Dios que no lo fuéramos en parecernos carga pesada lo que nos mandan nuestros mayores, y en poner tacha a sus mandamientos y juzgar a quien los mandó. Y plega a Dios no pase este mal adelante, y que no haya algunos que estén mal con los mandamientos de castidad, de templanza, de perdonar injurias y otros semejables, y que no se escandalicen del Señor que los mandó. No se canse nadie de obedecer; pues como San Agustín dice en este lugar: La obediencia es virtud propia de la criatura racional.

Adelantóse nuestra madre en decir más de lo que Dios había mandado; mas en lo que toca al castigo que Dios amenazó si quebrantasen su mandamiento, allí quedó corta. Allí dijo de más, aquí dijo de menos. Porque habiendo dicho Dios absoluta y determinada-mente que si comían morirían, lo acortó ella a hacerlo dudoso. Responde al demonio: *Mandónos que no comiésemos ni tocásemos, porque por ventura no muriéramos.* ¿En duda ponéis, buena mujer, la verdad de Dios? Cerca estáis de perderla. Y los hijos que de vos descendimos, la misma tacha tenemos. Sentimos carga de los mandamientos de Dios; queremos cumplir nuestros apetitos; y aunque Dios ha amenazado que quien quebrantare sus mandamientos será atormentado con vivos fuegos en los infiernos, no acabamos de creer que es aquella verdad, o muy flacamente, y hacémosnos entender que hay una cierta misericordia en Dios, que le haga no ser verdadero. Lo cual es blasfemia muy grande, pues no es menos de esencia de Dios su verdad que su misericordia.

¡Qué alegre quedó el demonio de ver esta poca duda en el corazón de la mujer, y cuán confiado que por aquella puerta que le había abierto podía fácil-

(2) *Os habéis*; la edición de 1596, *nos habéis*.

mente entrar, y robarle toda su hacienda, y quitarle la vida! No se descuide nadie ni tenga en poco los males pequeños, que es tan astuto y tan fuerte nuestro enemigo, que si le dais una puertecilla, por pequeña que sea, que aunque sea de los trascorrales de casa, desde allí os hará guerra, hasta llegar a la torre del homenaje.

«¿Así, dice el demonio, que os amenazó Dios que por ventura moriríades? No se lo creáis; que, *cierto, aunque comáis no moriréis*; sino como este árbol y su fruto tienen escondida una cosa admirable y divina, que aunque parece manjar para el cuerpo y para sustentación de la vida humana, es de tanta virtud, que *si coméis de él, luego seréis como dioses en la sabiduría, y sabréis bien y mal*—que quiere decir, de lo que habéis de hacer, y de lo que os habéis de apartar—; sin tener necesidad de preguntar ni de ocurrir a Dios, sabréis todo lo que os conviene.»

4.—*La caída.*

Créelo la mujer; ensálzasele el corazón con aquella promesa de ciencia y semejanza de divinidad, y cumplesse lo que después se escribió (*Prov.*, 18, 12): *Antes de la caída ensálzase el corazón.* Y llevando ya en su ánima aquella mala simiente que el diablo le echó en el corazón, tan mala y de tan malos frutos, que hizo al angel diablo, alza los ojos al árbol vedado; el cual con la hermosura y fresco que Dios le había dado como a los otros, y con los trampantojos que el diablo haría en los ojos de la mujer, parecióle el árbol tan bien y tan hermoso, tan deleitable para ser visto—y por aquí sacó cuán suave sería para comer—, que sin esperar consejo de su marido, sin considerar quién era aquel que le hablaba, sin pedir lumbre a Dios para ello, sin acordarse de las amenazas de Dios, alza las manos y asióse del árbol, y comienza a coger de la fruta—y no sería muy despacio—y come de ella, y hace que su marido la coma.

5.—*El árbol de la ciencia y el árbol de la cruz.*

¡Oh mujer, si supieras cuán cara había de costar esa comida de tu desobediencia a quien nunca gustó manjar de la desobediencia de Dios! ¡Oh, si supie-

ra ese tu gusto sabroso cómo se había de pagar con gusto de hiel y vinagre! Y si tú temieras, los brazos abiertos y alzados y asidos de un árbol, y supieras lo que representabas, y cuya figura eras (3), no fueras tan cruel, y por gozar tu paladar de comer de una fruta, pusieras a tu Criador en grandes dolores y angustias. Brazos alzados al árbol vedado, manos asidas con él, haz cuenta que al Hijo de Dios has crucificado, y que ha de tener, como tú, los brazos alzados y abiertos, y manos plegadas y fijadas con duros clavos en el árbol de la cruz; árbol seco, duro sin hojas para le amparar, sin fruto para le recrear; porque con dolores ha de pagar lo que tú has pecado por tus placeres. Muerto lo has, Eva, muerto lo has. Hijo tuyo será según la carne, y Criador tuyo es según la Divinidad. Mira qué has hecho, en ser matadora de tu hijo, y más te digo, matadora de tu Dios. Porque el mismo que será hijo tuyo según la carne, ese mismo será Dios, teniendo en dos naturalezas una persona; y aunque no morirá según Dios, morirá el que es Dios. A Él has sido traidora, a la Madre que lo engendrará muy perjudicial, a todo el mundo has echado a perder; maldito sea placer que tan caro cuesta. ¿No os parece, hermanos, que fué mala madre? ¿No os parece maldad digna de grande castigo, por hacer su voluntad contra la de Dios, ser causa de la muerte de Dios humanado? Desde que hubo pecado, hubo causa para que Dios muriese, y en la determinación de Dios quedó determinado que así fuese. Dice San Juan (Apoc., 13) que *el Cordero es Cristo, que fué muerto, ab origine mundi*; no en Sí, porque no había entonces tomado carne, mas en la determinación de Dios, que para remedio del pecado ordenó que muriese su Hijo. ¡Oh gran crueldad de nuestros padres primeros! ¡Oh grande inadvertencia, digna de que sea reprendida, escupida y condenada de todos los hombres!

Mas sabéis que temo que la virtud de Dios y su divino juicio, que está mirando cómo nosotros reprendemos y blasfemamos (4) de cosa tan mal hecha, no se torne contra nos y diga: *Et tu in eadem damnatione es* (Lc., 23). ¡Oh cristiano!, ¿hate algu-

(3) *Eras*: era (1596).

(4) *Blasfemamos*: decimos mal.

na vez acaecido convidarte el demonio, o tu carne, o algún prójimo, con alguna manzana vedada por mandamiento? ¿Hante convidado, quiero decir, con algún pecado? ¿Has alzado los ojos al árbol vedado? ¿Hate parecido bien el pecado, y has extendido la mano de tu consentimiento, juntándolo contigo y diciendo: *Sí quiero*, olvidando lo que Dios manda, el cielo que promete a quien le obedece, el castigo del infierno, donde se paga el pecado más que con las setenas; y cerrando los ojos a todo, como animal mudo, te dejaste vencer de lo que tanto bien te quita y mal te hace? No riñas con ella, riñe contigo; que ni sabía ella tanto, ni pensaron ellos que Dios se enojara tanto ni castigara tanto aquel pecado; porque como no habían visto cómo castigaba Dios los pecados, pensaron que era cosa liviana; y no solamente Eva, mas Adán, del cual dice San Agustín: *Credit culpam venialem*; mas a quien conoce que lo que hace es malo, ninguna excusa tendrá, aunque no sepa la cantidad de la pena. Mas ¿qué dirás tú, hermano, que sabiendo que lo que haces está vedado por Dios, y vedado con amenaza de muerte eterna—lo cual no sabían aquéllos—, y sabiendo que lo que puso al Hijo de Dios en la cruz son los pecados, haces cosa que a Dios mató, renovando la causa de su muerte?

¡Oh, válgame Dios! ¿Tan bien parece un poco de deleite bestial, que aunque vaya envuelta con él ponzoña, y tal ponzoña que mata para siempre, y hace perder a Dios para siempre, lo has de tomar a ojos cerrados? El rey David no quiso beber una poca de agua que había deseado, porque se había alcanzado con mucho peligro de los otros hombres (2 Reg., 23); ¡y tú quieres beber el pecado que puso a Dios, no en sólo peligro como a los otros, mas en trance de muerte muy verdadera y muy lastimera! Con mucha razón pregunta Job (6): *¿Cómo puede uno gustar lo que, en siendo gustado, acarrea muerte?* No suelen esto hacer sino los locos o desesperados. Mas si es grande mal el gustar la cosa que mata a quien la come, ¿cuánto mayor será acusar por mi comida al Hijo de Dios? Bajemos todos nuestras cabezas de vergüenza, hiramus nuestro corazón de dolor, confesemos nuestra culpa; que desde el principio del mundo hasta el fin de él, sacando al Hijo de Dios y su Madre benditísima, todos hemos pecado, aunque unos mas que otros y todos hemos sido causa de nuestro

mal y de la muerte del Hijo de Dios, y dicho con nuestras obras: ¡*Crucificalo, crucificalo!* Porque como dice San Pablo (2 Cor., 5), *por todos murió Cristo*, y por consiguiente, por pecados de todos. ¿Del árbol vedado hemos comido? Incurrido hemos en muerte de cuerpo y de ánima, como dice David: *Quis est homo qui vivet, et non videbit mortem?*, etc. (Ps., 88).

Un convite hizo Eliseo a unos hombres, y el que había de cocer la olla salió al campo a coger algunas hierbas para echar en ella, y asió de unas coloquintidas, y echólas en la olla, y cuando fueron a comer de ella amargaba mucho, y comienzan a dar todos voces a Eliseo, diciéndole: *Varón, la muerte en la olla, en la olla* (4 Reg., 4) (5).

¡Oh qué claro, oh qué espiritualmente se nos declara aquí nuestro mal y la causa de él, y aun también nuestro remedio! El que hizo el convite, Dios es, de buenas cosas por cierto, dando a Adán y Eva cuerpo y ánima, y su preciosísima gracia que morase en ellos, y la justicia original con que la parte sensitiva se inclinase y holgase de obedecer a la razón, y la razón a Dios; y ni hubiese muerte en ánima ni en cuerpo; porque aunque, por ser compuesto de elementos contrarios, naturalmente se hubiese de acabar, conserváralos Dios mediante que comiesen del árbol de la vida, hasta que de este mundo los llevase al cielo, sin saber qué era trabajo, ni muerte, ni enfermedad.

Críólos señores de todas las cosas, con corazones derechos, con cuerpos hermosos y sanos, y hechos hijos adoptivos de Dios, sin guerra de tentaciones que sintiesen dentro de sí, llenos de paz, por la justicia original; todo lo cual les dió para sí y para sus descendientes, si ellos perseveraran en la obediencia de Dios. ¿Visteis nunca convite tan precioso, sabroso y tan largo, pues era para todo el mundo universo? ¡Oh si no salieras al compo, Eva Madre! ¡Oh, si no echaras mala hierba en la olla, no sintiéramos la amargura que sentimos, ni estuviéramos en los males que estamos! ¿Quién hay, aunque sea (6) corto de vista, que no experimente cuánta amargura hay en la naturaleza humana? ¿Quién,

(5) Trátalo el autor en el Tratado IV, n. 3.

(6) *Aunque sea*; la edición de 1596, *que no sea*.

de los que a Dios quieren servir, no gusta cada día hiel y vinagre, con los amargos tragos que le hace beber su sensualidad? (7).

(7) Aquí termina el Tratado, evidentemente incompleto, pues ni siquiera ha entrado en materia, que era los efectos de la comunión.

TRATADO 6.º

SUAVIDAD DE JESÚS SACRAMENTADO (1).

*Qui manducat meam Carnem,
et bibit meum Sanguinem, in
me manet et ego in eo.*

El que come mi Carne, y bebe mi Sangre, está en mí y yo en él.

(Jn., 6.)

1.--Dios es amor: Cristo es amor.

Aunque todas las perfecciones de la divina Esencia, que son infinitas en valor, sean una misma cosa que se llama Deidad, mas en lo que toca al uso de ellas, de algunas usa más que de otras; y si se pudiesen apartar en sí mismas, serían más perfectas unas que otras a la manifestación de las criaturas. La misericordia de Dios con que hace [bienes] y libra de males a sus criaturas, si apartarse pudiese de las otras perfecciones, más excelente sería que ellas, porque es redundancia de lo mucho que Él tiene. San Juan, tan sabio de los divinos secretos, dijo (1 Jn., 4) que *Dios es amor*; no porque también no sea sabiduría y omnipotencia, y otras innumerables perfecciones; mas no hallándose en la Escritura, que tan claramente se diga Dios *sabiduría*, o *poterío* o cosas semejantes, se halla escrito que *Dios es amor*; y entendamos cuánto Dios se precia de aqúeste nombre, y que quien quisiere agradarle tenga su amor, y quien mucho le agradare, tenga más amor. Fuego de amor infinito es Él, y cuanto uno más se

(1) Hermoso panegírico del amor de Cristo en la Eucaristía; este Tratado podría titularse «El Corazón eucarístico de Jesús».

llegare a Él, más encendido estará, y más semejable en el amor; lo cual declara el Señor diciéndonos (*Mt.*, 5): *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecieren, y rogad por los que os persiguen y acusan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.*

No os engañe nadie; ninguno tiene más santidad de cuanto es junto con el Santo de los Santos, que es Dios; y ninguno se junta con Él sino por el amor, y quien más ama, más junto está. Y ésta es la piedra con que este soberano Artífice toca los corazones de los hombres, y es la señal con que Él, como el águila, examina a sus verdaderos hijos, recibiendo por suyos a los [que], confortados los ojos de su ánima con los resplandecientes y encendidos rayos que de Dios a ellos descienden, imitaren según su manera al dechado de amor infinito, que es Dios. No espantándose, ni teniendo por imposible su mandamiento, en que manda *amemos a Dios, pues Él primero nos amó. Mi mandamiento es éste: que os améis unos a otros, así como yo os amé* (*Jn.*, 15). De donde parece, que pues Jesucristo nuestro Señor es más cercano, en cuanto hombre, a la Divinidad, fuego infinito de amor, y tiene alteza sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, ha de ser mayor que todos ellos en el amor, pues lo es en la santidad y en la cercanía con Dios. Y así como a uno que mucho sabe le llaman *Sabiduría*, así a Él le llaman *Amor*, sólo (2) porque según Dios le tiene mayor que se puede pensar.

Sepan todos que nuestro *Dios es amor*; y que sus deseos son amar y ser amado, sin buscar propio interés. Y porque los que le amaren y Él amare es razón que sean buenos (porque Dios aborrece al malo y a la maldad (*Sap.*, 14), y es enemigo capital de los malos), y ninguno habría bueno si Él no lo hiciese, ordenó (con el gran deseo de tener amigos) de hacer buenos aunque muy a su costa y con mucho trabajo, y perdiendo sobre ello la vida. Atended, hombres. qué gana tiene de amigos el que murió, ¡y tal muerte!, por hacer de enemigos amigos, y tener a quien amar y le amasen (*Jn.*, 15): *Ninguno tiene mayor amor—dijo Él—que poner su ánima* (que quiere de-

(2) Sólo; la edición de 1596, no sólo.

cir su vida) *por los amigos*; porque aunque murió por los enemigos, fué a fin de cobrar amigos.

Y de esta obra tan admirable y tan costosa, con cuyo precio quiso comprar amados cuando no los tenía, se verá claro qué trato les hace cuando los tiene, y cuánto se huelga de los tener.

2.—Amor le sacó de Sí: amor le une con nosotros.

«El amor—dice San Dionisio—tiene dos virtudes: una que hace *salir* al que ama *de sí*, y ponerlo en el amado, y otra que es *unir consigo* al que ama.» *Salió Dios de Sí* cuando encarnó, cuando lloró, cuando murió; no porque dejase la Divinidad que tenía, mas porque tomó la naturaleza humana que no tenía, y porque tomó flaquezas y muerte, que eran muy ajenas de Él, y muy conformes a aquellos a quien amaba. Y así como allí *salió de Sí* el que es Vida, para morir, así en este divino Sacramento, el que es Vida y resurrección, *junta consigo* por manera inefable a nosotros mortales y miserables. Amorosísimo trato de enemigos es morir por ellos en cruz; y también lo es, hechos amigos, juntarlos [*consigo*] en este divino Sacramento por manera tan inefable y tan llena de admiración, que todo lo criado en los cielos y tierra no la pueden comprender.

¡Oh si Dios tanta merced nos hiciese, que nos metiese, como a la esposa, en la bodega del vino, que es el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, como dice David (Ps., 70, 15) que *entró en los poderios del Señor* y se acordó *de su sola justicia!* Tengo por cierto que del olor y sabor de amor tan poderosos seríamos hechos embriagados y olvidados de todas las cosas; y con admiración que nos sacase de nos, exclamaríamos con altísimo efecto: *Señor, ¡quién hay semejable a Ti!* (Ps., 33). Entonces sabríamos sentir la grandeza de este misterio, y nos tendríamos por muy dichosos en tener con nosotros tal prenda de amor, y nos aparejaríamos con gran cuidado para lo recibir. Y después de haber hecho todo esto, entenderíamos que el amor de Cristo, según dice San Pablo (Filip., 4), *sobrepuja a todo conocimiento*. Así este beneficio de dársenos Dios para que lo recibamos, es mayor que se puede entender, y más digno de reverencia y agradecimiento que los hombres lo pue-

den dar, y que la pureza, aun de los ángeles, no es del todo digna para lo recibir.

3.—*Benignidad de Cristo sacramentado con su Esposa la Iglesia.*

Bondad y benignidad, dice San Pablo (Gal., 5, 22), que son dones del Espíritu Santo; y unos tienen lo primero, que es una liberalidad y prontitud para hacer bien a otros; mas este Señor que aquí entre nosotros tenemos, como es rico en amor, es también en benignidad, y trata a su esposa en este Sacramento según las leyes que al buen desposado le pone San Pablo (Col., 3, 19), diciendo que los maridos *no sean amargos*, quiere decir, desabridos con sus mujeres. Y el Eclesiástico (4, 35) dice: *No quieras ser como león, que trastorna y maltrata los de su casa.* ¡Qué lejos, Señor, estás Tú de aquesto! ¡Y con cuánta razón deben tomar ejemplo de Ti los casados y no casados, para ser prontos a hacer bien a todos con amor entrañable!

¡Con cuánta razón dijo David (Ps., 67, 11) hablando de este divino Sacramento: *Apacentaste, Señor, en tu dulcedumbre al pobre!* Dice que le apacentó Dios, y no dice con qué, sino dice que es *cosa dulce*. Gustarse puede, comprender no. ¿Quién hablará, soberano Señor, la grandeza, la dulcedumbre que aquí nos enseñas?

Que si sola una vez esta maravilla hicieras, como el jueves de la Cena lo hiciste, y nunca más lo hicieras, tuviéramos hasta el fin del mundo que hablar tan gran maravilla, tan grande bondad como es consagrarte Tú a Ti mismo, y aun darte en manjar a tus amigos, y aun a tus enemigos; ¡y la paga que te dió por tal beneficio, fué salir de allí y entregarte a la muerte! Acordáramos de esto con devoción; celebráramos fiesta de ello, enterneceríanse nuestros corazones con tal memoria, como lo hacemos de los beneficios de tu Encarnación, vida y Pasión y de todos los demás. Y por enseñar Tú el invencible amor tuyo y la mucha dulcedumbre de tu Corazón para con nosotros, no te contentaste con igualar este misterio con los otros, ejercitándolo una vez no más, y que hiciésemos memoria de él; mas quisiste que como una vez te consagraste, tengamos

poder los sacerdotes de te consagrar tan verdaderamente como Tú lo hiciste; y no a uno, o cinco o diez, mas para mayor manifestación de tu deseo con que desees comunicar tu poder, a innumerable número de sacerdotes.

Y si cada uno, Señor, te consagrara una vez en toda su vida, fuera grande merced y grande milagro; y si dieras licencia que, una vez no más en la vida, pudieran comulgar tus cristianos, también lo fuera. Mas ¡oh fuente de dulcísimo amor! que te consagran innumerales sacerdotes, y te reciben innumerales pueblos; y tan a la continua, que según por lo que del mundo está descubierto, y especialmente en nuestros tiempos, podemos conjeturar que de veinticuatro horas que tiene el día y la noche, muy pocas quedan en que no vengas del cielo a ser consagrado en este altar, y en las ovejas, que juntamente tienes en muchas partes (3), y tantas veces, que parece que todo te empleas en andar camino del cielo a la tierra. Mas no vienes Tú, Señor, descendiendo de allá acá por medio sino que desde do te estás sentado a la diestra de Dios Padre, y sin te mudar de allí, en diciéndose las palabras de la consagración, quedándote allá, estás acá, trescientos mil cuentos de leguas lejos del cielo donde Tú estás. ¿Quién te ha hecho, Señor, tan ligero, que creo muy más ligero que el sol y que el primer cielo, cuya velocidad es mayor que la de una saeta, y que de todas las otras cosas, y parece incomprendible al humano entendimiento?

Cierto, si a un criado tuyo o a muchos mandarás que anduvieran estos caminos, y tantas veces, por amor de los hombres, fuera tu amor admirable, y nuestro agradecimiento y servicio muy justo. Mas así como Tú eres el que nos criaste y el que nos redimiste en la cruz, sin enviar criado a que esto hiciese, así en lo que toca a nuestro mantenimiento y trato de nuestro amor, no te quisiste fiar de tercero; mas Tú mismo en tu propia persona nos vienes a ayudar cada día, y te encierras por admirable modo debajo de los accidentes de la criatura, dándonos por manjar cada día, para que vivamos en vida de gracia, como por Ti vivimos en vida de naturaleza.

(3) Y en las orejas, que juntamente vienes en muchas partes (1596).

¿Qué sed es aquésta, Señor, que tienes de presencionalmente visitar al hombre y meterte en sus entrañas? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres con tan continua e importuna recuesta? Dínoslo por tu misericordia, ¿por que lo haces? Y enseñanos ese horno de tu Corazón de ardentísimo amor, que te cumple hacer tales obras.

No se puede responder a esta maravilla, tan grande, sino por vía de admiración. San Basilio responde diciendo: «¡Oh milagro! ¡Oh bienquerencia de Dios, que el mismo que está a la diestra del Padre sea tratado en las manos de los hombres!» Esta es la respuesta, cristiano, de lo que deseas saber, que la causa de tan admirables frutos, la raíz del amor es y bienquerencia de Dios; que no bastara la bienquerencia de otro. Como la justicia de Dios se llama ser *alta, como montes de Dios* (Ps., 35) (y manera es de hablar hebrea, que queriendo encarecer una cosa, dicen es «como cosa de Dios»); bienquerencia de Dios es aquésta, y por eso grandísima y admirable es, y que excede a todo humano entendimiento. Amor le trajo al mundo; y después de venido, le hizo trabajar el amor de mejor gana y con mayor cuidado que trabajó Jacob por Raquel (*Gen.*, 29); y al fin de la vida embriagóse tanto con el amor de las criaturas que él mismo crió (como Noé con el vino de la viña que plantó), que se desnudó como él de todas sus ropas, como quien no puede sufrir tal calor; y así desnudo fué puesto en la cruz, donde su mal hijo, el pueblo de Israel, lo menospreció y crucificó; y aquel mismo amor que allí le hizo desnudar de sus ropas, en el Sacramento le hace vestirse de las ajenas, para que sea *comida de vida* a las ánimas, la cual las ganó con su muerte. ¡Oh admirable negocio, digno de que siempre estemos en perpetua admiración! Allí se quita la ropa, quiere decir, disimula su fortaleza, no usando de ella para poder padecer. Aquí el amor le hace cobijar su gloria y esconder su resplandor debajo de accidentes de pan, para que le podamos comer. Porque si Él no inventara estas nuevas invenciones, ¿cómo pudiera padecer en la cruz, ni comerlo nosotros en este Sacramento?

Admirables son, por cierto, a toda sabiduría humana y angélica; mas lo que te mueve, Señor, a hacer obras tan admirables, el amor que nos tienes es Este te tiene en estas prisiones de accidentes de

pan y de vino, para que hartemos nuestra hambre de Ti, como te tuvo preso de prisiones corporales en el tiempo de tu Pasión, para hartar la rabia de los que mal te querían. ¿Quién podrá contar la grandeza de este amor con que vienes tan impaciente de sufrir dilación y ausencia, pues que no puedes pasar un día sin dejar de ver a tu esposa, que es el ánima cristiana; y no sólo sin verla, mas aun estar muy cerca y abrazarla y juntarla contigo?

4.—*Finezas de Jesús en su vida mortal y en la Eucaristía.*

Señales de amor son aquéostas que el Señor en aqueste Sacramento nos muestra, que si bien se mira, parece que exceden a todas las demás que nos ha mostrado.

Enseñónos amor en aquel día, que siendo Dios, se hizo hombre, y como canta la Iglesia: *No aborreció de entrar en el vientre de una doncella* (4); mas si cotejamos la pureza de aquella doncella y la impudricidad de nosotros, espantarnos hemos más de cómo no aborrece de entrar en el pecho del pecador que en el vientre de la Santísima Madre.

Y si consideramos su santo nacimiento, portal, pesebre, pobres pañales y su santa y dulce niñez, que toda ella convida a que lleguen los hombres a Él, veremos que así como el Niño bendito recibe dulce leche de los pechos de su sacratísima Madre, así Él todo de dentro y de fuera es ternura de leche y miel para nosotros. Y aunque esto sea gran consolación, como lo es, mas cuando un hombre mira con ojos cristianos a un sacerdote vuelto a la gente que ha de comulgar, y ve al Señor puesto en sus manos encima de una patena, hecho manjar con que vivan los que son sus criados, y no vestido de la ropa de su majestad, mas de unos accidentes de pan, que por ser accidentes son más pobres y bajos que los pañales y faja con que le envolvió su sacratísima Madre en Belén; y [que] estaba allí el Niño con la cantidad de una tercia, o más, que los niños recién nacidos suelen tener, y la que aquí lo mide, a duras penas tiene dos dedos; y que allí estaba en un pesebre cercado por

(4) Del himno *Te Deum*.

abajo y abierto hacia arriba, cual Él lo crió para que recibiese a su Criador; y mi corazón, que recibe a este Señor, está muy al contrario, pues está abierto para recibir las cosas viles y bajas, y cerrado (5) o que muy tarde abre a su Criador.

Allí cuando vinieron los tres Reyes, estaba el Niño en los brazos sagrados de la purísima Virgen, cuya santidad es tanta, que aunque la niñez del Niño bendito convide con su dulcedumbre a llegar a Él, mas la majestad de la Madre inefable parece que hace temblar a quien allí se llegare; y acá ¡tiénelo un sacerdote en sus manos, flaco como nosotros, pecador como nosotros, y que no hay por qué huir de llegar!

Y yo no sé cuál fué el favor que fué hecho a los pastores para que llegasen al Niño la noche de su nacimiento, ni los tres Reyes Magos que le vinieron a ver. Lo que la Escritura dice es, que *tendidos en el suelo le adoraron*; y cuando mucho favor les fuese hecho, sería que besasen los pies del Niño, teniéndolo su Madre en los brazos, y con esto serían los pastores muy bien pagados del camino y de la prisa con que vinieron al portal de Belén, y los grandes trabajos que los tres Reyes Magos pasaron en el largo camino desde Persia hasta Belén, y de haber puesto su vida a riesgo de perderla por confesar que había nacido Rey nuevo en la ciudad donde Herodes reinaba. Mas ¡oh dulcísimo Señor, cuán más breve camino andamos nosotros que Reyes y que pastores! ¡Con cuán menor devoción venimos aquí, y sin los peligros de muerte a que los otros se pusieron; y hallamos al mismo Señor en las manos del sacerdote, que aquéllos en los brazos de la Virgen! Y dánnoslo, no sólo para besarle los pies, mas para recibirle en nuestras entrañas, que más adentro no puede entrar. San Crisóstomo dice: *Admirabilis unio inter Christum et accidentia, per quam qui videt, tangit, comedit, dicitur videre Christum*, etcétera. Cuántos hay que dicen ahora: Deseo ver la cara de Cristo, sus vestiduras, su calzado, su figura. Pues sábete que en el Sacramento a Él ves, a Él tocas y a Él comes. Tú deseas ver sus vestiduras, y Él te concede no solamente verlo, mas comerlo, tocarlo y recibirlo dentro de ti.

En la cruz, ¿qué otra cosa da más que su Sangre,

(5) Y cerrado; la edición de 1595, o cerrados; errata corregida en la edición de 1603.

y su Pasión y misericordia para el hombre, por cuyo consuelo *da voces el Señor, que fué desamparado y desconsolado?* Mas allí está tan guardado de sus enemigos, que sus amigos, por mucho que lo deseen y lloren, no pueden llegar a Él. Y aquí está tan puesto en nuestras manos, y tan abierta la puerta, que Él está rogando consigo, y sólo aquel que no quiere no llega.

Y aunque el verle derramar su Sangre en la cruz es grande consuelo para el pecador, mas como se derrama por todos, y es menester que se aplique a cada uno en particular, por eso es necesario que tú le recibas en tu pecho con fe y amor, para que participes de tantas riquezas como allí se dan. Gocémonos, pues, de que esté una medicina hecha con que pueden sanar todos los males. Mas no basta estar hecha, si no es recibida aquí. Una cosa es hacer la medicina, otra cosa es recibir en nosotros la medicina que allí se hizo. Por lo cual es aquí la consolación más íntima y particular que la que sacamos de allí. Allí muere el Cordero bendito en precio de mi redención; aquí se me aplica la redención recibéndolo a Él. Fué [allí] molido y atormentado, y perdió la vida, para que tanto me fuese más sabroso y provechoso, cuanto más hubiese padecido por mí; y aquí se me da en manjar dulce, y bebida de consuelo, el que por mí bebió allí hiel y vinagre.

Espantado de esto, exclama San Crisóstomo diciendo: «Mira con qué honra eres engrandecido, etc. Mira de qué mesa gozas, que los ángeles que la ven no osan mirarla libremente, por el gran resplandor que de ella procede. Con este Señor somos nosotros apacentados; a Éste somos unidos, y somos hechos un cuerpo y una carne de Cristo (Ps., 105): *¿Quién hablará los poderios del Señor, y quién cantará las alabanzas de Él?* ¿Qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con la propia sangre de él? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay que, después de los dolores del parto, entregan sus hijos a otras mujeres que les den leche y los críen. Mas esto no sólo no lo consintió Él, sino que con su propia Sangre nos mantiene y nos junta consigo.»

5.—*Del que come salió el manjar: y del fuerte la dulcedumbre.*

¡Cosa grande es aquésta, que sobrepuja todo nuestro sentido, y no la pudiéramos entender, si la fe de la Iglesia no nos la afirmara y no nos la enseñara! Dificultosa pregunta fué la de Sansón que hizo a los filisteos (*Judic.*, 14): *Del que come salió el manjar, y del fuerte la dulcedumbre* (6). Y si no la declarara aquélla [Dalila] a quien él la descubrió, no supieran ellos responder: *¿Qué cosa hay más fuerte que el león, ni más dulce que la miel?* ¡Oh inefables maravillas, manifestadoras de la bondad divinal en aqueste divino Sacramento que entre manos tenemos! ¿Quién vió matar al hijo del rey para que lo coma el esclavo? ¿Quién da al hombre, para que con él sea mantenida su propia gallina, su propio gusano, su propia hormiga, su propio perro, que no sólo ningún provecho le trae, mas le ha ofendido y mordido?

El que come de todas las cosas, por razón y justicia, Cristo es: quiere decir, que no se ordena Él para fin de ellas, como menor a mayor; mas todas ellas, como menores, le deben ser sujetas, y le deben servicio y amor, y si menester fuere, deben perder la vida para que Él viva, y para que su honra y su ley esté en pie. ¿Quién tornó estas cosas tan al contrario, que Aquel que es Señor de todos, y tiene derecho para mantenerse de todos, venga a morir Él, y en un madero, y sea hecho manjar de sus criaturas que le han ofendido? Según lo demuestra esta presente festividad, lo podrá comer cada uno que lo quisiere, estando dispuesto según el Señor lo tiene dispuesto y su santa Iglesia romana.

¡Oh fuerte León de la tribu de Judá! ¡Oh fortísimo diamante!, tan fuerte, que ni azotes, ni bofetadas, ni muerte, pudo quebrar el fortísimo amor que a los hombres tienes; ¡cuán suavemente, de aquella Pasión, que tan esforzadamente pasaste, has sacado la dulcedumbre de miel que, cuando nosotros te recibimos, gustamos!

En el león de Sansón, solamente en la boca había dulcedumbre de miel. Mas así como, Señor, siendo León, te hiciste Cordero, así no sólo tu boca, mas todo

(6) Véase el Tratado 7, n. 2.

Tu entero, eres dulce, suave y consuelo del ánima que te recibe en este divino Misterio, estando bien dispuesto.

Hartólos Dios—dice la Escritura (*Ps.*, 80)—*de miel que salió de la piedra*. Todo Tú fuiste piedra en la cruz padeciendo; todo Tú eres miel para quien te recibe en el Sacramento. Y si cosa hay (que sí hay) por la cual el Apóstol San Pablo (2 *Cor.*, 1) llama a Dios: *Dios de toda consolación, y Dios de solaz*, es por el consuelo que da con dar a su Hijo en manjar, o principalmente por esto le conviene este nombre, y el que en otra parte (*Ps.*, 144) dice David: *El Señor es suave para todos, y las misericordias de Él son sobre todas sus obras*.

6.—*¡Venid a comulgar!*

¡Aquí, aquí, hombres, los que andáis desconsolados, afligidos en vuestras conciencias, anheleados con diversas causas de amarguras, cuales vosotros sabéis: aquí hallaréis miel, azúcar y toda blandura, que venza con su dulcedumbre a la amargura que traéis, cualquiera que sea! Dejad vuestras malas cargas de pecados, que os abajan hasta el infierno; dejad vuestros superfluos y demasiados cuidados llenos de congoja, para que vuestra ánima pueda correr los caminos de Dios. Y si no sabéis dónde echar cargas tan pesadas, ni conocéis quien os tenga tanto amor, que os quiera descargar de ellas, anúncios, no con engaño, sino con verdad, y verdad de Dios, que está allí un Señor de hombres tan fuertes, que podrá llevar sobre Sí el peso de vuestros pecados, y ya lo ha llevado; que es de tanta sabiduría, que de los negocios que vosotros cuidáis, y no acertáis, y que más os enlazan mientras más pensáis libertaros, Él (7) los tomará a su cargo, los solicitará y dará mejor suceso que vosotros podéis pensar, ni aun desear. Y sabed que este Señor tan fuerte en sus hombros, de tan sabia cabeza, es tan amoroso y tierno en el Corazón, que iguala la liberalidad con la riqueza, y el amor con el poder y saber. según de Él está escrito: *Según la grandeza de Él, así es su misericordia*.

(7) *El*; la edición de 1596, y *El*.

7.—*Mi yugo es suave y mi carga ligera.*

Verdadera palabra os digo; tened fe para la creer no porque la digo yo, sino aquel Señor que allí está; que aunque Él calla, manda que yo hable por Él lo que Él habló cuando estaba y predicaba en vida mortal. Mas esto que yo dijere con mi lengua de carne, Él lo está diciendo con su Corazón, y con harto mayor clamor (aunque no se oiga con las orejas) que será el que yo diere en las vuestras, por alto que hable. Esto dice el Cordero de Dios, que allí está encerrado, a todo el mundo, y a todos los que estáis aquí (*Mt.*, 11): *Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo os recrearé. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí que soy manso y humilde de Corazón, y hallaréis holganza para vuestras ánimas; porque mi yugo es suave y mi carga liviana.* A todos convida el Señor, y el remedio de todos los males ofrece, y de balde lo ofrece, pues es tan poco lo que pide, que aun con esta merced que nos hace se ofrece a tomar todas nuestras cargas sobre Sí, con que nosotros tomemos su carga y llevemos su yugo.

Mas, Señor benditísimo, y cuán poco nos engañas en este truco, pues que las cargas que nosotros te echamos a Ti fueron nuestros pecados y grandes maldades, que, como dice San Pedro (1, 2). *el cual llevó nuestros pecados sobre su cuerpo y sobre el madero, que es su cruz; cargas pesadas, que te hicieron sudar, y aun gotas de sangre, y aun derramarla toda en la cruz; y a truco de estas cargas tan pesadas, quieres Tú que llevemos la tuya suave y liviana, conviene a saber, humildad y mansedumbre, y otras virtudes, las cuales llevan a un hombre al cielo con su ligereza, como el pecado lo lleva al infierno con su pesadumbre. Tu carga, Señor, el amor tuyo es, el cual no apesga al hombre hacia las cosas de la tierra, ni le da trabajo, antes hace que tu Ley le sea suave y los trabajos corporales le san dulces, pobreza, deshonra, peдрadas y ser azotado y muerto por Ti.*

Las alas del ave peso son, mas peso que lleva a todo el cuerpo; y si propiamente las quisiéremos nombrar, alivio son, no trabajo. ¡Qué cosa más suave que amar, y amar a la suma Bondad y hermosura infinita! *Car-ga con sólo nombre de carga, y como dice David (Ps., 93), trabajo fingido en el mandamiento. Y a truco,*

Señor, de que te amen, te encargas de nuestras cargas; y no prometes recreación y holganza liviana, ni por de fuera, como el mundo y la carne la ofrece; mas *holganza para nuestras ánimas*, firme, interior, que llega hasta recrear y henchir los senos de nuestras entrañas.

Y esto, Señor, que de palabra dijiste, de ser tu *carga liviana*, aunque no ha menester otra prueba sino decirlo Tú, que eres suma verdad, que ni puedes engañar a nadie ni ser engañado, mas para que con mayor provecho y recordación se sienta en nuestras ánimas, quisiste confirmar tu palabra, llena de verdad, con obra maravillosa, que en este Santísimo Sacramento has obrado.

Dime, hermano, ¿quién está encerrado debajo de aquella blancura? Si católico quieres ser, tienes de creer que está allí el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, el mismo que está a la diestra del Padre, aunque allí manifiesto y aquí escondido; porque allí está dando gloria a los que lo miran, y aquí dando merecimiento de fe a los que lo creen. Pues si su Cuerpo, y todo entero, está aquí, ¿cómo tomando la Hostia en las manos no pesa más que pesaba antes de la consagración? ¿Qué se hace del peso del cuerpo, y cuerpo tan grande? No parece, no obra, ni más ni menos que si no estuviese allí. Para que entiendas que como allí, tomándolo en las manos, no hace peso, así tampoco lo hace tomar su Ley y su obediencia en las manos, que quiere decir las obras. Y a quien le parece que la guarda de sus mandamientos es grande carga, entienda, como dice San Agustín, que no ha recibido de Dios el don de su amor, con que la guarda de la Ley se hace suave.

Y si aquí está alguno a quien esto falta, y desea alcanzarlo, y me preguntare qué hará para ello, no sé mejor remedio que aparejarse con la gracia que el Señor le diere, y confesarse y llegarse al altar, donde está el fuego de Dios que del cielo vino, y recibir aquella Carne sagrada, que por estar unida con la Divinidad, la llama San Juan Damasceno *carbón encendido*; y metiendo el fuego en las entrañas, serán participantes de su calor e imitarán al que por ellos murió por amor. Y de ahí nacerá alcanzar las otras virtudes que ha menester para otra vez bien comulgar y para vivir como cristiano. Y si me preguntas cuáles o qué tales son, doyte por libro en que las leer, por retablo

en que las mirar, este divino Sacramento; que no sólo tiene fuego de amor para encender, mas lumbré para enseñar, porque en él sólo está proveída la Iglesia de uno y de otro, como en la vieja Ley en el templo había panes de la proposición para mantener, y lumbré de candelas para mirar (*Exod.*, 25).

8.—*Contra el lujo en vestidos y casa.*

Considera, cristiano, atentamente y despacio esta obra de Dios que aquí está; pídele don de entendimiento para en aquello visible entender lo invisible, y sacar luz de doctrina para acertar en lo que debes hacer, como también hay allí pan y esfuerzo para caminar. Allí le verás vestido, según hemos dicho, de vestiduras de poco precio, de accidentes de pan; y entiende tú, que estar tan pobrementemente vestido es reprenderte a ti de tus vestiduras preciosas, muchas, curiosas y delicadas. Avergüéncese el pecador y esclavo de traer curiosamente vestido un cuerpo corruptible, flaco, sujeto a pecados, cuanto más si viene a recibir a este Señor, el cual quiso, para nuestro ejemplo, estando ya inmortal y glorioso, vestirse más bajamente que cuando aun vivía acá en forma de siervo. Cosa parece contra razón; pues que las ropas de fiesta y de gloria deben ser más preciosas que las del trabajo de entre semana y del tiempo de la penitencia. Mas fué tanto el mal que Dios nuestro Señor vió que había de venir al pueblo cristiano por los muchos excesos y vanísima vanidad de estos vestidos y aparato de casas, que no se contentó con dar a entender cuánto le desagradan, con vestirse Él bajamente en el tiempo de su mortalidad, cuando sudaba y trabajaba haciendo penitencia por nosotros; mas para *cumplir toda justicia* que decía, con obras, muy más claro que si fueran palabras, subido ya al cielo, reinando sobre todos los ángeles, celebrando victoria y lleno de gloria. descende a nosotros más pobrementemente vestido que estaba de antes, añadiendo humildad sobre humildad, para que, como dijo a Moisés (*Exod.*, 7): *Si no creyeron por el milagro de la primera señal, crean por la segunda.* Mas quien ni por la humildad del Señor en la tierra, ni por la que nos enseña siendo ya glorioso y encerrado en este Sacramento, no entiende o no quiere medirse en sus vestidos y pompas, disconforme

está del Señor, pues viene a recibir al que está vestido de ropa de tan poco precio, trayendo él *las señales de soberbia*, como la reina Esther (14) llamaba al atavío precioso.

9.—*Aprended de Jesús Sacramentado.*

Pues si quieres gozar de la buena cara y frutos de este Señor que allí recibes, conviene aprender de Él, y como espejo miraros en Él, y quitar lo contrario, y poneros semejables a Él. Mirad su humildad, su mansedumbre en sufrir a todos, buenos y malos, que lo reciben; mirad la obediencia, tan sin resistencia y tan presta, que tiene al sacerdote que lo consagra y tiene en sus manos; en siendo llamado de las palabras de la consagración, luego viene; y si el sacerdote lo quiere alzar y tenerlo alzado mucho o poco, Él no se resiste; y si lo quiere menear de una parte a otra despacio o de prisa, tratándolo con razón o sin ella; si lo quiere tener mucho en el altar, si lo quiere tener poco, a todo obedece como si fuese inferior a todo calla como si no supiese hablar. Todo lo sufre como un cordero, y no tiene movimiento propio, sino como las especies sacramentales son movibles por la voluntad del sacerdote, así se mueve o pára Él sin resistencia ninguna.

Aprendan de Él los hijos que quieren bien comulgar, a obedecer a su padres; las mujeres a sus maridos; los súbditos a los señores, los legos a los sacerdotes; para que recibiendo los obedientes al obediente, reciban corona de su mano, como Él la recibió de su Padre.

No sea nadie porfiado, no pertinaz ni pesado en su parecer, no amigo de su voluntad, pues ven a este Señor no tener movimiento propio, sino dejarse llevar sin elegir esto o aquello.

Aprendan los grandes a no extender sus grandezas, ni piensen que mientras más libremente hicieren lo que quieren, tanto más grandes son. No es poder usar mal del poder, mas usar de él según razón y derecho; pues ven este Señor, grande sobre todos los grandes, no usar de su grandeza, mas renunciar lo que le era lícito, y ponerse en aquel altar el que, según su valor, es más grande que todos los ángeles, y según el cuerpo, tiene estatura grande de hombre bien propor-

cionado, y está allí tan abreviado que no excede a dos o tres dedos, y hecho manjar que lo pueda comer, como lo canta la Iglesia, *el pobre, y el siervo y el bajo*. En la cruz se extendió todo su cuerpo cuan grande él era; y aun los sayones con estirar de sus brazos, le extendieron en más cantidad que Él tenía; y Aquel extendido en la cruz sobre Sí, se abrevia aquí en menor cantidad que la suya, para darnos a entender que si grandes queremos ser, lo seamos en la virtud, lo seamos en el padecer por ella y por el bien de los prójimos; como dice San Pablo (2 Cor., 1) que fué *atribulado sobre sus fuerzas*, porque le dieron más trabajos de los que parece podía llevar. En estas cosas es bien extenderse, y hacer hasta más no poder; mas en el tiempo de la honra, y en el uso de la prosperidad y del mando y poder, deben los hombres abrazarse con la humildad, y tenerla por inseparable compañera de la alteza y prosperidad, si no quieren verse derribados tan bajos y con gran deshonra, cuanto primero estaban subidos y lozanos con la vanidad. Miren que el gran Dios se hizo hombre pequeño cuando encarnó; mírenlo hecho aquí más pequeño delante de nuestros ojos, y tengan por abominable atrevimiento, y digno de recio castigo, que se ensalce el gusano, viendo humillado al Rey de la majestad.

Vayan a recibir obedientemente los humildes al manso y humilde, los obedientes al obediente; los amorosos al amoroso. La vida buena que comenzaren no sea para un día; perseveren en ella, acaben lo comenzado; que eso quiere decir ponerse el Señor debajo de figura redonda en aquella Hostia, que es figura perfecta, que ni tiene principio ni fin. Y, como dice San Dionisio, «El amor hace vuelta redonda», porque torna a Dios, del cual procedió.

Y de esta manera sentirán la consolación que se da en comulgar, y cuán de verdad se llama este Sacramento *mesa de paz*, por el mucho consuelo que pone en el ánima; y de tal manera, que aunque un hombre reciba el sacramento de la Confesión, le parece quedar falto y desconsolado no recibiendo la Comunión. Testimonio de esto dió Absalón, que habiéndolo perdonado su padre, y traídolo a la ciudad donde estaba, no gozaba de su consuelo; y quejándose de cómo no veía a su padre, dijo al capitán Joab (2 Reg., 14): *Si no tengo de gozar de la presencia y conversación de mi padre, ¿para qué vine acá?*